

## CRISTIANISMO Y CULTURA: CINCO TEMAS PENDIENTES

*En el sentido de la antropología cultural que hace suyo el Vaticano II (GS,53), cultura puede definirse como la forma compartida de interpretar y sentir el mundo que domina en un pueblo o en un grupo humano. La cultura así entendida ha de plantear problemas, incluso retos, a la fe cristiana. Así lo ve el autor del presente artículo refiriéndose explícita y directamente al contexto cultural en el que vive hoy la Iglesia católica en España. Huelga decir que sus reflexiones son aplicables, con sus más y sus menos, a otros contextos culturales y, por consiguiente, a otras Iglesias.*

*Cristianismo y cultura: cinco temas pendientes, Proyección 41 (1994) 201-218*

### **El catolicismo en la cultura de la España actual: situación y prospectiva**

1. *El modelo de interpretación en la España post-68.* El marco social y eclesial de la fe cristiana en España viene dado por acontecimientos de capital importancia. Un postconcilio durante el cual las aguas se han encrespado. Por supuesto que ha habido aspectos positivos. Pero también desorientación. La autocrítica ha lindado en autointolerancia y ha podido dañar la comunión eclesial. La transición política, en muchos aspectos ejemplar, ha devuelto a muchos la confianza en sí mismos. Pero la nueva situación socio-política no ha dejado de generar, en algunos sectores católicos, un cierto sentimiento de culpabilidad y un complejo de inferioridad.

Muchos católicos han dado crédito a determinados medios que achacaban a la Iglesia connivencia e incluso complicidad culpable con el anterior régimen. Lo cierto es que la actitud de la Iglesia oficial pasó de la connivencia, en la década de los 40, a la reserva y luego a la ruptura, a partir de los años 60. Sin contar con el comportamiento más que correcto en el momento de la transición política.

Dado que el modelo de Iglesia que estaba en la mente de los "revolucionarios" del 68 era el de una institución cómplice del régimen anterior, negador de las libertades, es lógico que presentasen la Iglesia como una institución sospechosa de no querer la democracia y de no estar preparada para vivir en un régimen de libertades. Muchos de esos "revolucionarios", que habían sido educados en instituciones católicas, ocuparon luego puestos clave en todos los ámbitos de la vida social, cultural y política en la España de los años 70 y 80. Y desembarcaron masivamente en las costas del poder político en 1982.

2. *El modelo de convicción interactivo con el anterior.* A través de su difusión por los medios de comunicación y la cultura, los modelos de integración de la realidad alimentan los modelos de convicción que rigen la conducta práctica de las sociedades. Y esos modelos de convicción sirven, a su vez, de retroalimentación para los modelos interpretativos dominantes, que se llegan a creer la teoría interpretativa de la realidad sustentada por la única praxis social plausible. Este modelo interpretativo, convertido en único modelo de convicción práctico, ha provocado graves consecuencias en el catolicismo español.

Se ha desdibujado la imagen que la Iglesia se había hecho del papel del clero, los religiosos y los seglares. Y está pendiente el cambio de su imagen social por la acción del modelo interpretativo descrito. La inadecuación de la misión actual del sacerdote con la formación recibida en los Seminarios está en la raíz de numerosas secularizaciones. Los seglares, por su parte, si vieron reconocida por el Concilio su mayoría de edad eclesial, no acababan de encontrar su puesto real y práctico en la Iglesia.

Se entró en un proceso de ocultamiento de los signos externos de la identidad del cristiano: desaparición de los símbolos religiosos de los lugares públicos, dificultades teóricas y prácticas para la enseñanza religiosa y moral, desaparición del traje eclesiástico de los sacerdotes, etc. Así se produjo un retraimiento de la dimensión testimonial de la fe, una reducción de lo religioso al ámbito de lo privado y la progresiva aparición del católico "vergonzante". Una vivencia acomplejada del cristianismo, que se pretendía justificar aduciendo que la fe es cuestión de conciencia y que su autenticidad exige la ausencia de publicidad. Cundía un progresivo enfriamiento de la adhesión a la comunidad eclesial como institución. Incluso se entró en una dinámica de distanciamiento de la Iglesia institucional, especialmente respecto a determinadas normas de comportamiento moral: diversiones, ámbito de trabajo, mundo cultural, etc.

Finalmente, quedó desdibujado el modelo de integración entre la Iglesia y la sociedad. ¿Cómo han de articularse estas dos realidades en un sistema de libertades públicas? En teoría era claro: distinción, autonomía y mutua colaboración. En la práctica, muchas dificultades, sobre todo si la autonomía se traduce en acción tendente a borrar todo tipo de presencia de la Iglesia en la sociedad civil. Así, hay políticos, que se llaman "de izquierdas", que confunden el Estado aconfesional, del que habla la Constitución (art. 16.3), con el Estado laico. El Estado aconfesional no puede dejar de tener en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española.

3. *A pesar de todo, signos de esperanza.* Pero también hay que reconocer que en la comunidad eclesial española han tenido lugar acontecimientos muy positivos, que se resumen así: se ha producido un proceso de purificación, autenticación y clarificación de la fe. Este proceso va calando progresivamente en sectores católicos que cobran conciencia de la importancia de la actual situación social y eclesial. Además de los sínodos sobre el Vaticano II, los laicos, la formación sacerdotal y la evangelización, el episcopado español ha publicado una serie de documentos, como "Católicos en la vida pública", que van en la línea del compromiso testimonial. Se han celebrado numerosos congresos de renovación de los distintos ámbitos de la vida eclesial, a lo que hay que añadir el trabajo constante en los diversos sectores de la pastoral eclesial.

De todo ello se pueden sacar las siguientes conclusiones:

- a) Hay una necesidad urgente de recuperar la identidad cristiana. Debe recuperarse y potenciarse el sentido de comunión eclesial.
- b) Es necesaria una mayor cohesión entre los católicos en los diversos ámbitos de la vida cultural, social y política. Para ello hay que sustituir el enfrentamiento y el ejercicio poco dialogante de la autoridad por el diálogo intracatólico encaminado a la comunión testimonial.

c) Urge profundizar en el compromiso testimonial de los católicos en el seno de la sociedad. No basta con el compromiso privado con la comunidad. Sino que ese compromiso testimonial se ha de situar también en el ámbito público.

En esta situación, se impone el principio de la tolerancia y el diálogo entre Iglesia y sociedad civil, que no debe entenderse como renuncia a la propia identidad. Para esto hemos de tener conciencia de quiénes somos, a dónde vamos y de qué somos capaces. La "difuminación de la identidad católica" ha de desaparecer. No es posible que produzca la impresión de que no hay en España ni políticos, ni escritores, ni artistas, ni científicos ni otros profesionales católicos.

Durante la última década se ha favorecido en España una cultura que ni es mayoritaria ni, cualitativamente, la más importante. Esa cultura ha sido privilegiada en los *mass media*. Pero actualmente, incluso en el campo de la TV existe pluralismo, aunque quedan restos oligopolistas, debido al control del capital de muchos de esos medios. Así, la mayor parte de la información llega a los televidentes tintada por una perspectiva cultural laica o secularista. El resultado es que una cultura en sí no mayoritaria aparece como masivamente implantada y determina comportamientos presentados como modelos de convicción de la sociedad española.

Es importante, pues, que analicemos los retos que tiene planteados la Iglesia y los creyentes en la cultura española actual.

### **Los cinco retos o temas pendientes**

1. *El reto de la imagen del hombre.* Se extiende en la cultura española una imagen despersonalizada del hombre, producto de una serie de reducciones: de lo espiritual a lo psíquico, de lo psíquico a lo biológico, de lo biológico a lo meramente químico. Así, el hombre queda reducido a un puro ser material, una máquina más o menos perfecta: de sujeto queda reducido a puro objeto. Resulta, pues, un sistema bioquímico y, en último término, una cosa. Está hecho para el consumo y la obtención del máximo placer. Su horizonte se reduce a lo que pueda disfrutar en el momento presente, sin otra perspectiva. El problema que se plantea es muy grave: ¿Cómo sustentar valores realmente humanos? Si el hombre es una cosa, ¿por qué no tratarlo como una cosa? ¿por qué no tratarle como un objeto manipulable, como cualquier otro? Es la pérdida del sentido ético y moral del hombre. Y, por ósmosis cultural, esta pérdida afecta también a personas que vivimos en el interior de la Iglesia y que también tenemos comportamientos que se nos van colando en nuestra propia casa.

Se reprocha a la Iglesia de ser la causante de ese sarampión ético, al haber reprimido zonas importantes de la personalidad humana. Acaso sí que haya actuado con excesivo rigorismo en esas zonas. Pero la moral católica ha conseguido también amplias zonas de equilibrio y ha conquistado ámbitos para una vivencia autónoma de la fe. En este sentido "se han cargado las tintas" en los aspectos negativos de esa moral y se han soslayado los más positivos de la misma.

Desde determinados ámbitos de la cultura privilegiada se ejerce hoy una implacable represión sobre dimensiones humanas indispensables para que el hombre pueda acceder a una cabal conciencia de sí mismo.

- a) Se reprime la conciencia de la finitud y la limitación. Se hace creer a la gente que todo lo deseable es posible y aun conveniente.
- b) Se reprime la conciencia del envejecimiento inevitable. Se renueva y potencia el mito de la eterna juventud y se silencian las preguntas radicales ante las dimensiones dramáticas de la existencia que culminan en el dolor y la muerte.
- c) Se reprime la conciencia de nuestra incapacidad para la auténtica libertad bajo el señuelo de libertades frívolas que producen una existencia inconsistente y sin hondura.
- d) Se reprime la conciencia de nuestra incomunicación, de nuestra incapacidad para el verdadero diálogo, bajo el manto de una abrumadora red de información inadmisibile, que atrapa al hombre como sabedor de muchas cosas, pero sin posibilidad de encuentro personal con otros seres humanos.
- e) Se reprime la conciencia de proximidad, en la que se experimenta al otro como persona total y no como mero cuerpo. Se intenta reprimir la pasión del hombre por el otro total, que es pasión de trascendencia, de espíritu y de más allá, y como contrapartida, se facilita el acceso al puro cuerpo, que acaba convirtiéndose en barrera impenetrable, donde se estrella el anhelo profundo de alteridad y de comunión interpersonal.
- f) Se intenta reprimir la conciencia de la verdadera responsabilidad, que se reduce a la simple evitación de las consecuencias no deseables de los propios actos. g) Se silencia la conciencia de la propia culpabilidad, que revela al hombre la limitación de su ser moral y se introduce una comprensión fatalista del hombre, según la cual el mal moral no puede ser evitado y, por consiguiente, lo mejor es no hacerle caso o negarlo.
- h) Se reprime la conciencia de la necesidad del perdón y de la experiencia de la gratuidad y se propone una desesperanzada afirmación del propio yo, que queda separado del Dios compasivo con la pobreza moral del hombre.
- i) Se silencia, en definitiva, la pregunta última por el sentido de la vida entera, en cuya respuesta se juega el hombre la posibilidad de una existencia con sentido y en plenitud, a pesar de la defectividad histórica.

Frente a esa situación la actitud de los católicos ha de ser siempre de diálogo constructivo. Su discurso sobre el hombre ha de ser siempre una palabra constructiva y clarificadora sobre su humanidad total e integral. Hay que dar un no a los discursos pesimistas sobre el hombre, tanto si proceden del interior como del exterior de la Iglesia. Nuestro discurso sobre el hombre ha de ayudarle a tomar conciencia de su dignidad y de su capacidad para la libertad.

Hemos de dejar constancia de que el cristianismo cree en un hombre capaz de verdadera comunicación, apasionado por percibir en su conciencia el eco inefable de la conciencia del prójimo, un hombre consciente de su culpa y capaz de dar y recibir el perdón, un hombre con sentido total para su vida, capaz de superación y progreso, en la esperanza de un mundo mejor que ya ha comenzado, pero que siempre cae del más allá y que se recibe últimamente como don gratuito. Un hombre que sea capaz de aceptar con dignidad su propio proceso de envejecimiento y afronte, entre la congoja y la esperanza,

las dimensiones dolorosas de la existencia, el difícil trance de la separación de aquéllos a quienes ama o la propia inevitable soledad de la muerte, en la fe de una suprema misericordia compasiva.

2. *El reto de un catolicismo sin Iglesia.* Se está incubando una confusa vivencia del cristianismo que no sopesa la importancia de la comunidad como ámbito con valor salvífico, un catolicismo vago, sin adhesión firme al pueblo de Dios como institución humano-divina.

Los síntomas de esa situación se manifiestan en un amplio espectro, que va desde el discurso despegado de la Iglesia institución, que adoptan muchos católicos hablando de la Iglesia como desde un punto de vista neutral que se tiene como garantía de objetividad, hasta la comprensión de la comunidad como un mero grupo cálido, en el que, aunque priman los vínculos humano-afectivos o de acción social, se difumina el auténtico fundamento de la comunidad cristiana que es la fe en Cristo. Consecuencia: se pierde la visión de la comunidad universal, verdaderamente católica, cuerpo de Cristo-Cabeza, representado por Pedro y los apóstoles en sus legítimos sucesores. El olvido de esa dimensión lleva anejo el rechazo de la necesaria institucionalidad de la Iglesia, la cual, desde un mero análisis fenomenológico, tiene como misión fundamental garantizar la verdad de la experiencia religiosa fundante y permitir el acceso a ella de los hombres y mujeres de las nuevas generaciones.

En una entrevista que el semanario "El Globo", en el que fue su último número, le hizo a Martín Scorsese, tras el estreno del film que tanto revuelo armó "La última tentación de Cristo", hay una respuesta reveladora: "Cada uno debe actuar como mejor le parezca, sin presionar al prójimo. Yo creo en Dios y no en la Iglesia". Versión sofisticada de la frase que se oye fácilmente por ahí: "Yo creo en Dios y no en los curas". Ambas revelan la misma mentalidad de rechazo a la comunidad fundada en la fe en Cristo y a su necesaria institucionalización.

Este confuso cristianismo sin comunidad, sin institución, va desde Rousseau y los deístas e "ilustrados" del siglo XVIII, pasando por Kant y Lessing, hasta llegar en nuestro siglo a Bonhoeffer, quien con su "cristianismo sin religión" ha dado el último soporte teológico a esta actitud. Denotan una pérdida progresiva de la fe eclesial, con lo que queda expedito el camino para hacerse los contenidos de la fe a la propia medida.

El resultado es la manipulación de la imagen de Dios y de Cristo, que dejan de ser el Dios y el Cristo que viven por el Espíritu en la comunidad y se convierten en el Dios y el Cristo que convienen a este o aquel grupo de personas: el Cristo guerrillero o el Cristo hippy, el Cristo juez severo y éticamente inflexible o el Cristo "liberal" para lo que se consideran simples debilidades, el Cristo conservador de lo que se considera inmutable o el Cristo progresista frente a lo que se percibe como obstáculo a superar en el camino de la Iglesia. Así se acaba en un "catolicismo blando", un catolicismo selectivo que está abocado a la incoherencia de vida y a la contradicción.

Ante esa situación, el compromiso que necesita la Iglesia es el esfuerzo conjunto por recuperar la dimensión auténtica de la comunión eclesial. Urge avivarla conciencia de adhesión a la Iglesia como mediadora de salvación. Sólo en la comunidad eclesial es posible recuperar al auténtico Cristo, que vive en la Iglesia y en el que la Iglesia cree. La fe en Cristo ha de ser pues, fe eclesial. En la Iglesia española de hoy ha de producirse

un movimiento centrípeto que redundará en una irradiación testimonial evangelizadora. Por una parte, es preciso testimoniar nuestra adhesión firme a la fe de la Iglesia. Por otra, es necesario que los que representan la dimensión "capital" de la Iglesia den signos de amor valiente y generoso, de cercanía efectiva y aun afectiva hacia los creyentes, que constituyen la dimensión "corporal" de la Iglesia.

El compromiso que hoy se pide en ese campo del diálogo fe-cultura es no renegar de las propias raíces de la fe, mantener la alegría y el legítimo orgullo de ser hijo de la Iglesia. El compromiso es de coherencia en las propias actuaciones en comunión eclesial, en cooperación. Quien actúa salvíficamente en el mundo es Cristo a través de la Iglesia y de los creyentes en su dimensión corporal y en la representación de la dimensión capital.

3. *El reto de un catolicismo fideísta.* Se trata de un catolicismo que puede llegar a olvidar que la fe cristiana sólo lo es en plenitud cuando existe coherencia entre la teoría y la praxis. El reduccionismo fideísta de la fe consiste en limitar la fe al ámbito de las ideas, de las palabras y de la piedad intimista, haciendo transcurrir la vida práctica al margen de la fe profesada. En muchos católicos españoles se produce el divorcio entre la dimensión noética y ética de la fe. El mundo de la enseñanza, la empresa, los negocios, la política lo enfocan muchos sin tener en cuenta la coherencia necesaria entre la fe que se confiesa y la vida que se vive.

En casos extremos, el divorcio fe-vida puede llegar a ser un antisigno que ponga en entredicho la credibilidad de la Iglesia y su mensaje. No se pide la perfección, sino la orientación a la utopía. El testimonio eclesial pasa hoy por la coherencia.

Es necesario también contrarrestar la imagen de una Iglesia lejana de la realidad vital de las personas. Teólogos de indudable valía y fidelidad a la Iglesia vienen hablando sobre si no habrá un distanciamiento del discurso eclesial respecto a las condiciones reales de vida de una gran parte del pueblo de Dios. No se trata de adaptar el discurso dogmático y ético de la Iglesia al mundo. Esto estaría en contradicción con lo dicho en el segundo reto. Pero sí se puede pedir que los pastores se sensibilicen más, al comprobar las durísimas condiciones en que se desenvuelve el esfuerzo humano del creyente.

Ni un divorcio fe-vida ni un divorcio noético-afectivo del discurso eclesial respecto a las condiciones de vida de los creyentes. Es necesario que la "caridad filial" y la "caridad pastoral" salgan al encuentro. Los movimientos religiosos alternativos están haciendo estragos entre los creyentes. Esto ha de alertar a los pastores para que, con una mayor cercanía, pongan coto al daño que produce tanto "asalariado".

En la vida de un buen número de católicos "practicantes" este divorcio fe-vida se revela en la falta de sensibilidad ética para la justicia social ante los problemas de la marginación y la pobreza, que pueblan la periferia de la sociedad. Y no sólo ante esos problemas, sino ante el debido respeto a los derechos de la persona, como son el salario digno y la justa previsión social de los trabajadores. La frase -hiriente y dolorosa- que oímos en la calle, "los que van a misa no son mejores", no es resultado de un estudio sociológico. Es la sensibilidad de los pobres y los marginados que expresa acremente su percepción de ese divorcio fe-vida de muchos creyentes "practicantes". Debería hacernos reflexionar.

El compromiso de los creyentes ante ese reto es claro: ayudar a la Iglesia a progresar en coherencia con su mensaje. Por tanto, colaborar en la actividad múltiple de la Iglesia: evangelizadora, de formación, de promoción y asistencia, de humanización y defensa de los derechos humanos, de ayuda a la marginación, de sensibilidad amorosa hacia quienes sufren, incluso en los límites de una vida normalmente dificultosa en el ámbito matrimonial, sexual, familiar, drogo dependencial, etc. No se puede autenticar el propio compromiso y testimonio sin un intento serio por superar ese divorcio fe-vida.

4. *El reto de un catolicismo pietista.* Nos referimos a un estilo cristiano-católico caracterizado por un vago y difuso sentimentalismo individualista que ignora el necesario diálogo y síntesis entre fe y razón. Se reduce lo religioso a puro sentimiento. Embargado por la emoción intimista, el creyente renuncia a todas las otras dimensiones de la fe teologal y va reduciendo el contenido de la fe al placer de la emoción religiosa derivado de una sensibilidad puramente estética ante la contemplación intimista del Misterio de Dios o ante la experiencia de la grandiosidad sublime del culto o las manifestaciones religiosas.

Esa actitud pietista, que rompe con el carácter razonable de la fe cristiana, se expone a un deslizamiento total de la religiosidad hacia sus manifestaciones psicoafectivas y estéticas. Esta presentación de la fe como fenómeno cultural, que se alimenta del sentimiento psicoestético del pueblo y a la vez lo retroalimenta -piénsese en la vivencia que muchos tienen de la Semana santa- es, en expresión de González de Cardedal, la interpretación envenenada que se nos pretende suministrar hoy desde la increencia sobre los grandes fenómenos religiosos. Desde ella se está en disposición de aceptar la dimensión cultural de los fenómenos religiosos. Incluso se estará a favor de potenciar esas dimensiones folklóricas que hunden sus primeras raíces en la fe, pero que han perdido mucho de su contacto con ellas. Y esto se hace cuando se niega la presencia de la reflexión racional sobre la fe en los ámbitos culturales. No interesa la reflexión purificadora de la fe en sí misma, sino el fomento de sus manifestaciones folklóricas.

Los medios que adoptan esa postura culturalista vienen a decir: "La religiosidad del pueblo español tiene su importancia. No la despreciamos. Pero deseamos contribuir a dejar en claro que esa religiosidad no es más que la plasmación en figuras culturales del sentimiento y la sensibilidad del pueblo". A lo sumo se concede que los ritos religiosos son meras respuestas "simbólico-subjetivas" a necesidades antropológicas, sin más valor salvífico que el de ayudar a la catarsis del psiquismo humano. Por este camino, el creyente queda aislado del Dios vivo y encerrado en sí mismo, con una imagen de Dios que es un producto cultural, caduco como él mismo.

Pero ¿se está haciendo todo lo posible en la Iglesia para una verdadera formación en la fe de los creyentes? ¿Se puede afirmar que, para la Iglesia española, el "poder dar razón de su esperanza" ocupa un lugar tan importante como el mantener una cura pastoral de "Iglesia de cristiandad"? ¿El bagaje de medios dedicados a la formación de los agentes de pastoral y del pueblo cristiano guarda proporción con la situación que estamos viviendo? ¿Es verdad que los niveles en que se mueve la reflexión teológica en España, hoy, no son los óptimos para la situación y ni siquiera los necesarios? ¿Qué responsabilidad les cabe a quienes tienen el deber de incentivar dicha reflexión dedicando a ello personas y medios?

Urge encontrar las mejores condiciones para el desarrollo del ministerio testimonial en medio de una cultura de tendencias fuertemente laicistas e indiferentistas. Bien dice G. de Cardedal: "El flanco más descubierto de la Iglesia española hoy en día es la pastoral de la inteligencia, el diálogo con la cultura en las claves y medios expresivos que de hecho ella está creando en nuestro país".

En el compromiso de los católicos debe primar el poner de manifiesto que su fe y las manifestaciones religiosas en que ésta se expresa es la respuesta libre a la llamada de Dios que habita en el corazón del hombre. Cristo es, para el cristiano, el nombre propio de Dios. Y en Cristo, gran visita que ha hecho Dios a los hombres, radica una real posibilidad de comunión del creyente con el Dios a quien invoca. Todo lo demás - sacramentos, manifestaciones culturales, éticas y culturales-, no son sino expresiones de esa fe teologal. Para dar ese testimonio hay que dejar bien clara la fe en el Dios vivo, invocarlo como alguien que forma parte de la propia vida, rechazar toda interpretación puramente folklórica o cultural de las manifestaciones religiosas y trabajar por su purificación y presentación como lugares de encuentro con el Dios vivo de la fe.

5. *El reto de un catolicismo privado.* Un cierto olvido de que el Reino de Dios y la lucha por su advenimiento ha de alcanzar todas las dimensiones de la persona -interiores y exteriores, privadas y públicas- ha podido llevar al catolicismo español a una situación casi marginal. Un catolicismo conminado al silencio desde fuera y mudo o retraído desde dentro. Dos factores han contribuido especialmente a esta situación. *Desde dentro* una falsa interpretación de la autonomía del orden temporal proclamada por el Vaticano II (GS,36). Esa autonomía no puede interpretarse como si el orden temporal escapase a la realización del Reino de Dios. Ninguna dimensión de la existencia puede sustraerse a la construcción del Reino. Y si bien esa autonomía implica que la Iglesia no debe interferir en los procesos políticos, económicos, etc., con fuerza coactiva, esto no significa que deba renunciar a su función de orientar moralmente esos procesos ni que los católicos deban renunciar a hacer presentes los valores del Evangelio en las diversas dimensiones de la vida pública y privada. La renuncia a ser fermento de la masa es la que ha provocado el mutismo de muchos católicos y su retirada de la vida pública. Ante esa actitud importa recordar que no existe ninguna dimensión de la realidad que quede al margen del señorío de Cristo y que es deber del creyente la presencia testimonial y fermentadora en todos los ámbitos de la vida humana.

*Desde fuera de la Iglesia* ha existido un falso e interesado mal entendimiento del papel que le cabe a la fe y a la religión respecto del hombre y de la sociedad. Desde los sectores laicistas se interpreta que la fe es un asunto privado y que no tiene ninguna palabra válida para el ámbito público. Lo que está en el fondo de esa interpretación es una mala digestión de la aconfesionalidad del moderno estado democrático. Aconfesionalidad no es beligerancia antirreligiosa ni silenciamiento de la dimensión religiosa de las personas y los grupos sociales. No se puede tratar con distinta medida a las asociaciones asistenciales, simplemente porque unas son católicas y otras no. Así, para poner un ejemplo, en 1987 Cáritas Española fue subvencionada discriminatoriamente por el Ministerio de Asuntos Sociales con 63 millones de pesetas, frente a los 3.000 millones que le asignaron a Cruz Roja Española. Así se da la espalda a la letra y al espíritu de los grandes textos internacionales que declaran principios elementales e irrenunciables la convivencia democrática y libre, donde se solicita al Estado aconfesional la promoción y el fomento de los derechos fundamentales, entre los cuales están los derechos y libertades en el ámbito religioso. La aconfesionalidad del



Estado moderno no puede entenderse como imposición del laicismo a toda la sociedad y la proscripción de lo religioso de la vida social.

Imposible construir el Reino de Dios sin atender a sus dimensiones temporales y públicas. Imposible dejar al margen del Reino de Dios los ámbitos de la educación, la política, la cultura, la economía, el bienestar social. La actuación en esos ámbitos pertenece a la esencia de la fe. Ésta ha de hacerse presente también en la vida pública. Las posibilidades de compromiso son múltiples, tanto en la universidad y la investigación, como en el mundo laboral, en la sanidad, en las relaciones públicas, etc. O haciendo de conciencia crítica y reflexiva de la fe en toda su extensión y hondura desde una plataforma tan importante para la vida eclesial como son los movimientos eclesiales especializados. O, más sencillamente, desde la plataforma de las comunidades cristianas, integrándose en las acciones de evangelización.

Estamos viviendo un momento difícil, pero rico, profundo y esperanzador, para la Iglesia española. Actitud dialogante siempre, pero conservando nuestra condición de interlocutores conscientes, sin convertirnos en meros receptores. Ofrecer, desde lo que somos, nuestra palabra y nuestro servicio.

**Condensó: TOMÁS CAPMANY**